

PRELIMINARES

La idea de escribir un libro como éste surgió en 2008 a partir de una nota a pie de página, una breve nota en un trabajo publicado en 1946 que para mí había pasado hasta entonces desapercibido. El libro en cuestión lo firmaba un hispanista de quien yo jamás había oído hablar, Robert Haden Williams, y se titulaba *Boccalini in Spain. A Study of his Influence on Prose Fiction of the Seventeenth Century*. Había salido en las prensas de un pequeño pueblo de Wisconsin llamado Menasha, y apenas superaba el centenar de páginas, pero su lectura me deparó un sinfín de datos útiles en torno a las relaciones literarias de España e Italia y una nueva perspectiva del diálogo entre ciencia y sátira en el siglo xvii. Esta simple apostilla, en donde se comentaba la influencia del motivo de los *occhiali politici* en media docena de *ingenios* castellanos, suscitó en mí un interés, no exento de curiosidad, en desenredar esta madeja particular de la historia cultural española e investigar cómo se manifestaba dicho motivo en los títulos que se citaban. Fui así poco a poco ampliando el abanico de referencias, indagando en las diversas relaciones que se establecían entre estos autores, y de esa primera exploración surgió el artículo que publiqué al año siguiente en la revista *PMLA*, titulado “Fortunes of the *Occhiali Politici* in Early Modern Spain: Optics, Vision, Points of View”.

Sin embargo, su conclusión pronto me hizo ver que había dado con una pregunta cuya posible respuesta requería un recorrido mucho más ambicioso; que lo que había escrito constituía, en otras palabras, la punta de un iceberg de gran envergadura. Boccalini era tan solo uno de los referentes para los autores que yo estudiaba, y el motivo del *occhial* formaba parte de un sistema de citas mucho más complejo que no solo involucraba la tradición literaria del presente y del pasado, sino también los hallazgos coetáneos en disciplinas como óptica y astronomía. Siendo como era un periodo de grandes cambios epistemológicos coincidentes con la eclosión

de la mal llamada ‘Revolución científica’, comprendí que hablar del motivo compartido de la lente política era hablar de la materia del cristal, y que sus cualidades me conducían inexorablemente al campo de la óptica, a los avances en optometría tanto como a la elaboración de instrumentos de exploración científica; y, una vez con un pie ya en este territorio, se hacía inevitable el estudio de la astronomía gracias a estos mismos logros, pues muchos de ellos iban férreamente hermanados. No se trataba de expandir por expandir el campo de análisis: es que los propios textos me lo exigían, a veces de forma explícita, a veces entre líneas. Cuando los grandes *ingenios* del Barroco escribían sobre el controvertido antejo, estaban escogiendo un lexema que les permitía revelar conductas caprichosas o delirantes —en la forma de *antojo*— pero también sobre lentes correctoras, sobre catalejos, sobre rudimentarios telescopios y, por extensión, sobre el acto de mirar como un gesto insolente de audacia o curiosidad. Y nadie mejor para encarnar esa insolencia que el hombre más influyente del momento, el científico Galileo Galilei.

Los compases iniciales de la escritura del libro no solo me hicieron ver que la formación literaria era insuficiente a la hora de embarcarse en semejante proyecto, sino que también me revelaron algo que ya sospechaba, a saber, que el estudio de la historia y la filosofía de la ciencia no estaba tan alejado, en realidad, del de la literatura; es más, si se desprende una tesis de tipo metodológico y conceptual del presente estudio es que no nos hallamos ante discursos autónomos y divorciados, sino más bien ante universos compartidos, ante lenguajes que se nutren —y que se inspiran— mutuamente. Si el término *interdisciplinar* suena ya un tanto cansado para el lector moderno, lo cierto es que la prosa barroca no se puede apreciar en la plenitud de todos sus registros sin conocer los avances en el campo de la ciencia. Y es este diálogo, precisamente, una de las vías de estudio más prometedoras para la crítica literaria de este nuevo siglo. *La musa refractada: literatura y óptica en la España del Barroco* busca así cubrir una parcela de este amplio panorama que aún se mantiene, en mi opinión, inexplorado.

El itinerario histórico del presente libro arranca en una serie de textos y autores del reinado del tercer Felipe y termina en los últimos compases de siglo XVII. No busca agotar un catálogo de numerosos matices y sabores, sino que, por el contrario, se propone identificar pautas diferenciales en una muy selecta colección de testimonios, dejando así la puerta abierta a futuras intervenciones. Si bien su diseño es cronológico, evita presentar una línea de progreso(s) pues, como se ha sugerido recientemente, el recorrido de la técnica y la ciencia en la Europa del Barroco fue accidental, expuesto a callejones sin salida, a pasos en falso y a frecuentes rectificacio-

nes.¹ Y lo mismo cabría decir de la mentalidad del español del momento, abierto a cambios pero también atezado por los diferentes mecanismos de censura: hay voces de inicios del xvii que se mostraron abiertas a lo novedoso, y plumas de fin de siglo que, sin embargo, respondieron con un escepticismo un tanto desalentador a lo que ya ni siquiera era tan nuevo. Mi análisis busca por tanto identificar las tensiones internas de los textos tanto como las dudas y vaivenes que se manifiestan en quienes los firman; porque si el momento histórico fue de cambios, no se puede negar que estos cambios afectaron también a quienes los vivieron en carne propia. Muchos de los testimonios que desfilan por el libro, de hecho, deben leerse con extraordinaria cautela, a veces incluso entre líneas, para ver que la noción de una España cerrada a lo proveniente de fuera es completamente falsa, para ver que el ingenio barroco ni era tan dogmático ni tan reaccionario como a veces se ha creído. Hubo, no cabe duda de ello, una actitud curiosa y también mucha ironía a la hora de escribir sobre estas cuestiones tan espinosas; sin esta porosidad ante lo nuevo, sin esta amplitud de miras del escritor cuya obra se visita en estas páginas, no existiría la posibilidad de un libro como este. La musa de cada una de las plumas que visito es una musa refractada que acoge la luz de lo foráneo y la recrea a su manera desde un ángulo nuevo, logrando resultados sorprendentes en formatos como la comedia, el emblema, el soneto o la novela, con la sátira como el registro de burla y reflexión por excelencia.

Este rastreo plural me ha permitido una nueva lectura de piezas canónicas, así como también la posibilidad de hacer cala en textos poco conocidos de autores secundarios, e incluso llevar a cabo la reproducción completa, por primera vez en la historia de la crítica literaria, de un poema que hasta ahora permanecía engastado de forma juguetona en otro, a saber, el *Tratado poético de la esfera* (1609) de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Me ha permitido, igualmente, no solo acercarme a historiadores y filósofos de la ciencia reflexionando sobre el misterio de la ficción barroca, sino hacerlo también en dirección opuesta, a saber, leer a críticos literarios enfrentándose a la dificultad del lenguaje técnico-científico. Y no sólo he podido apreciar los vericuetos de la filosofía, de la historia y la filología: el cotejo de cerca de un millar de cédulas del *Nuevo Diccionario Histórico* me ha invitado a visitar la historia de la lengua española gracias al rastreo diacrónico de ciertos términos como *anteojo* o *telescopio*, cuya trayectoria léxica constituye, de por sí, una fascinante materia de estudio.

1. Esta es la tesis que se presenta en uno de los volúmenes más estimulantes sobre el fenómeno, el de Ofer Gal y Raz D. Chen-Morris, *Baroque Science*. Chicago: The University of Chicago Press, 2013.

El libro se estructura en ocho capítulos, precedidos de una Introducción y seguidos de una Conclusión y de la Bibliografía. En la Introducción, que titulo “Parámetros, panoramas”, siento las bases teóricas y metodológicas del itinerario que propongo, delimitando el escenario en donde se van a ir construyendo, por utilizar un término moderno, las diferentes *redes sociales* —o *networks*, para los críticos anglosajones de los que bebo— entre culturas y ocupaciones diferentes. Es un panorama histórico en el que no dejo de lado los diversos vectores sociales y científicos que determinaron la canonización de Galileo para, y entre, sus contemporáneos; dicho panorama incluye de forma esquemática —pues no es el asunto central del libro— un repaso de la tormentosa relación de Galileo con las autoridades eclesiásticas y políticas de su momento.

El primer bloque del estudio, “Firma y firmamento”, consta de un solo capítulo llamado “Observaciones”, el cual se abre con una sección que titulo “El telescopio de Galileo y la mirada de España”. En ella analizo cuál fue la trayectoria del famoso instrumento astronómico en su viaje transpirenaico hasta llegar a la corte madrileña y a los círculos de investigación técnico-científica. Recorro las redes diplomáticas establecidas entre la Toscana, Roma y Madrid, así como la gestión del propio Galileo dentro de este entramado de intereses geopolíticos en el que también se involucraron escritores del momento, como fue el caso de Bartolomé Leonardo de Argensola; cubro también el desarrollo de la famosa Academia de Matemáticas y del Colegio Imperial, deteniéndome en aquellas figuras que no solo fueron cruciales en su maduración como centro de enseñanza y de conocimiento, sino en aquellas que también fueron luego homenajeadas por sus propios alumnos, como fue el caso de Lope de Vega. Todos los vectores históricos en los que hago breve cala —la familia Roget, Venecia, la Accademia dei Lincei, etc.— serán fundamentales, a veces de manera indirecta, para comprender lo que desarrollo más tarde en el libro. La segunda parte de este capítulo, “Primeros síntomas: la *scienza nuova* en los tratados de óptica”, se detiene brevemente en el panorama teórico y práctico de ciertas ramas de la óptica en España, pasando así a la disciplina que hoy consideraríamos más cercana a la oftalmología, cerrando entonces con un análisis del tratado más relevante y completo del momento, el *Uso de los anteojos para todo género de vistas* (1623) de Benito Daza de Valdés. Un tratado que, como es sabido, incorpora, sin citar la fuente del importantísimo *Sidereus Nuncius* (1610), muchos de los nuevos hallazgos astronómicos de Galileo.

El segundo bloque temático y cronológico de *La musa refractada* se titula “Galileo y sus contemporáneos españoles”, y consta de tres capítulos con tan solo una sección cada uno. El primero, “Fundaciones”, sir-

ve para delimitar el momento histórico y estético en el que se encuentra la ficción en Castilla según van llegando nuevas ideas, libros y objetos de medición a la Península; contiene la sección “Ciencia (y) ficción: elementos para una nueva mecánica”, y en ella hago una breve parada en varios testimonios de Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Salas Barbadillo o Tirso de Molina. Me detengo así en las posibles tensiones de tipo personal e institucional que se manifiestan en estas primeras generaciones de ingenios, herederos aún de una visión tolemaica del universo pero que, por su propia educación en muchos casos, se sienten al menos familiarizados con la labor de los Kepler, Brahe y Copérnico. En “Asimilaciones”, como anuncia el título, hablo de lo que denomino “La influencia italiana y la cultura del conocimiento”, seleccionando dos textos que me parecen de capital importancia a la hora de comprender las razones de por qué determinados instrumentos ópticos, como el cristal mismo, resultaron tan controvertidos: los *Ragguagli di Parnaso* (1612) de Trajano Boccalini en traducción parcial de Fernando Pérez de Sousa —si bien fueron leídos por muchos españoles en lengua original— y *La piazza universale di tutte le professioni del mondo* (1585) de Tomaso Garzoni en traducción bastante libre de Cristóbal Suárez de Figueroa bajo el título de *Plaza universal de todas ciencias y artes* (1615). A través de su lectura vemos cómo ciertos escenarios de la sátira barroca —la ciudad, el mercado, la tienda de anteojos, el Parnaso, el tribunal...— facilitaron la denuncia del anteojo como símbolo de vanidad personal y, por extensión, de una sociedad enferma y en completa decadencia. La tercera entrega de este bloque, “Plasmaciones”, estudia precisamente cómo esa fluidez de modelos facilita la divulgación de un nuevo modo de hacer ciencia ya visto antes, por ejemplo, en las *accademie* italianas; demuestro así en “Visible intermitencia: el viaje del secreto y la creación del *virtuoso*” que un personaje como el famoso coleccionista cortesano Juan de Espina resulta de enorme relevancia para comprender los obstáculos que debió sortear la *nuova scienza* en España, pues su figura, incluso aún en vida, se proyectó en un aura de misterio y de polémica; este misterio, por cierto, determinó su fortuna literaria a cargo de plumas como las de Alonso de Castillo Solórzano, Anastasio Pantaleón de Ribera, Juan de Piña o Luis Vélez de Guevara, que aportaron testimonios de extraordinario interés al tiempo que lo canonizaban como arquetipo de ficción.

“La ciencia de la sátira” es el tercer momento epistemológico que analizo en el libro, y contiene dos partes diferenciadas. La primera, “Situaciones”, se detiene precisamente en eso, en la creación de lugares imaginarios —aunque tras muchos de ellos lo que palpita es fácilmente identificable— en la ficción más representativa del primer tercio de siglo. Sus dos par-

tes (“El espacio refractado de la urbe” y “Atalayas, visiones, horizontes”) pueden leerse como una larga secuencia en la cual fijo una serie de coordenadas de análisis del espacio citadino para después detenerme en aquellos textos que mejor captan las inquietudes del momento. Me detengo en escritores como Rodrigo Fernández de Ribera y Antonio Enríquez Gómez, excelsos practicantes de la visión desde la atalaya. Por su parte, “Exploraciones” recorre un camino paralelo, pero desde alturas mayores, demostrando cómo el viaje aéreo y la visión del paisaje celeste se vieron influidas por las nuevas teorías galileanas; en “La crítica social en el universo de cristal” me centro en el que sin duda es el texto del periodo que más materiales aporta al libro, *El Diablo Cojuelo* (1641) del ya citado Luis Vélez de Guevara, y en el cual tenemos además una mención directa a Galileo; y en “Vigilia/sueño: lunas, lunares y lunáticos en la poesía del Barroco” viajo por el firmamento literario con Juan Enríquez de Zúñiga y Anastasio Pantaleón de Ribera en su particular choque tolemaico-copernicano, mezclando lo antiguo con lo nuevo en el análisis de la sociedad contemporánea.

“La musa refractada” constituye el cuarto y último bloque del libro, estructurado en dos partes, en este caso, completamente diferentes. Entro ya en las décadas de mitad de siglo, y estudio una serie de testimonios en donde ya se aprecia de forma más evidente una tensión entre la herencia recibida y la evidencia de una nueva cosmografía, al tiempo que el uso del cristal en accesorios del ajuar privado condena cada vez más al cortesano ocioso del momento, consumido por la vanidad y un cierto “afeminamiento” muy frecuentemente sancionado en la literatura satírico-cosmumbrista de estos años. En “Intervenciones” me detengo en dos casos de importancia medular a la hora de leer el telescopio galileano: por una parte, la compleja discusión de tipo geopolítico engastada en el episodio “Los holandeses en Chile” en *La Hora de todos* (1650) de Francisco de Quevedo —un Quevedo, por cierto, que se retrató como ‘lince’ en su tratado a Felipe IV *El lince de Italia u zaborí español* (1628)— y que titulo “La intervención política (I): el prisma transatlántico”; por otra, esa apreciación más cercana al centro del imperio que lleva Diego de Saavedra Fajardo en la Empresa VII de sus *Empresas políticas* (1640) con el moto *Auget et minuit* (“Aumenta y disminuye”), en donde se vale de un telescopio como *pictura*, y cuyo análisis da aliento a “La intervención política (II): el prisma transalpino”. Ambos testimonios constituyen una lectura nada unívoca de lo que los nuevos medios ópticos de observación de largo alcance significaron como instrumentos de poder. Finalmente, en “Reverberaciones” visito una serie de piezas del último tercio de siglo en donde, al tiempo que se aprecia cada vez más el interés por los nuevos hallazgos en óp-

tica, perviven ciertas rémoras producto de la tradición y también de los propios límites del arte; así ocurre en “Musas foráneas, versos propios” con ciertos estrenos ‘a la italiana’ del teatro calderoniano tanto como con algunas composiciones poéticas de figuras como el Conde de Rebolledo y Miguel Barrios, que escriben desde el norte de Europa —a veces con el estímulo de prestigiosas academias y tertulias literarias—, pero también con un sabor autóctono. Estamos ya en tiempos de Carlos II, y este desencanto político y fatiga en el terreno de una ficción necesitada de nuevos modelos se aprecia en el tratamiento de postrimerías del motivo del bazar, en donde se pueden encontrar aún diversos tipos de anteojos que nos permitan llevar a cabo una nueva lectura de la historia. Por ello, en “Vista cansada: la tienda de anteojos” concluyo este recorrido del Barroco peninsular con un autor aún poco conocido como Andrés Dávila y Heredia y con quien es, acaso, el último de sus más grandes narradores, el extraño, obsesivo y atosigante moralista Francisco Santos. Nos hallamos, además, en los albores del periodo *novator* y ante el nacimiento de un término que se impondrá pronto en el léxico científico tanto como en el doméstico, *telescopio*, y sobre el que escribirán jugosas páginas muchas voces de indudable interés —Torres Villarroel, Feijoo, Martínez, Jovellanos— pero en los márgenes ya de este periodo de transición que nos ocupa.

Con unas breves “Conclusiones”, manifestadas en ciertas “Luces, sombras, eclipses” de la historia literaria y de la ciencia en España cierro *La musa refractada*. Intento en estas páginas finales abordar la tarea doble de dar cohesión a lo dicho y de proponer nuevas vías de estudio a partir de una serie de preguntas que continúan abiertas a debate; preguntas que no solo atañen al crítico literario, sino que también se formulan desde el ángulo de la historia y de la filosofía de la ciencia, pues en la encrucijada de estas tres avenidas se sitúa el análisis que llevo a cabo y desde el cual se proyecta el abanico de lectores.

Al tratarse, por tanto, de un estudio que bebe de diferentes disciplinas del saber, el número de entradas bibliográficas ha intentado ser, a pesar de su cómputo en ocasiones elevado, el indispensable. La Bibliografía que cierra el libro tan solo presenta una selección de lo más relevante de cada cuestión en la que me detengo con el fin de ofrecer nuevos temas de estudio al lector interesado.

El formato de presentación del libro requiere una serie de indicaciones. Las notas a pie de página no repiten el nombre del autor o título de referencia si se ha citado previamente; si se trata de un autor o autora con más

de una entrada, y si este o esta ya ha sido citado, incluyo tan solo su apellido y el año de publicación de la obra para evitar confusiones (por ejemplo, *op. cit.*, 2005...). Mantengo la forma original en el lugar de publicación de las referencias (Philadelphia, Paris, London, etc.). Cuando cito de una *princeps* anterior a 1700 de la que no existan ediciones, modernizo la ortografía y puntuación para facilitar la lectura del lector no familiarizado. No he traducido, sin embargo, las citas en lengua extranjera, que he mantenido siempre en un número razonable; la vitalidad e importancia de la historia de la ciencia de proveniencia anglosajona hace que muchas de las entradas que considero más relevantes sean en inglés; libros estos que, por desgracia, no cuentan con traducción al español.

La investigación y redacción del libro se llevó a cabo en la Harlan Hatcher Graduate Library de University of Michigan y en la Cecil H. Green Library de Stanford University, donde tuve el privilegio de pasar un año sabático. Una parte del capítulo III salió publicada en forma de artículo bajo el título “Visiting the Virtuoso in Early Modern Spain: the Case of Juan de Espina”, en *Journal of Spanish Cultural Studies* 13. 2 (2012): 127-142; una versión reducida del capítulo VII se publicó bajo el título “Saavedra Fajardo en la encrucijada de la ciencia” en *Crítica Hispánica* 32. 2 (2010): 82-102; a los editores de ambas revistas agradezco la posibilidad de reproducir aquí —en uno de los casos, obviamente, traducido— su contenido. Algunas secciones del libro, cuando aún era *work in progress*, se presentaron en forma de conferencia, y, en este sentido, me siento sumamente agradecido a mis colegas y amigos Frederick A. de Armas (University of Chicago), María Mercedes Carrión (Emory University), María Chouza Calo (Central Michigan University), Robert A. Davidson (University of Toronto), Barbara Fuchs (UCLA), Esther Gómez-Sierra (University of Manchester), Carlos Gutiérrez (University of Cincinnati), Rebecca Haidt (Ohio State University), Carmen Hsu (University of North Carolina, Chapel Hill), Donald S. Lopez Jr. (Michigan Society of Fellows, University of Michigan), Luce López Baralt (Universidad de Puerto Rico, Río Piedras), Joan Ramon Resina (Stanford University), Veronika Ryjik (Franklin & Marshall College), Germán Vega García-Luengos (Universidad de Valladolid) y Julio Vélez Sáinz (Universidad Complutense). Y el diálogo —en persona, en la distancia o a través de la lectura mutua— entablado con Alain Bègue, Javier Castro-Ibaseta, Luciano García Lorenzo, Alejandro García Reidy, George Hoffmann, Tayra M. C. Lanuza Navarro, Mariluz López Terrada, José Pardo Tomás, Juan Pimentel, Fernando R. de la Flor, Antonio Sánchez Jiménez, John D. Slater, Ryan Szpiech y Juan Udaondo Alegre, sirvió para mejorar el enfoque y contenidos de este estudio. Un estudio que espera ser de utilidad y entretenimiento no solo

para el crítico literario, sino también para todos aquellos interesados en el diálogo entre ficción barroca y la práctica científica. Así lo quiso siempre, a fin de cuentas, el propio Galileo.

*Palo Alto, California,
verano de 2013.*